

## **MANHATTAN PULP**

**Matías Candeira**

Me llamo Otto Octavius, tengo cincuenta y tres primaveras y mido un metro noventa de estatura (con mis tentáculos de metal, algo más; es verdad que impongo). Eso he dicho. Me llamo Otto Octavius, y mis amigos y mis enemigos me llaman el Dr. Octopus, porque como quien dice, a los ciudadanos de América les gusta mucho clasificar y así llenan la marea negra de sus vidas. Más tarde hablaré de Peter, el retrasado mental que me llamó así por primera vez. Otto antes del accidente de fisión, y Octopus después. Supongo que me llamo de alguna manera, pero no como ellos dicen, no como ellos querrían. Hoy es catorce de noviembre. Es mi cumpleaños. Esta mañana he desayunado a solas en el último piso de mi laboratorio. Mis tentáculos estaban de pésimo humor y, mientras buscaba algo en la nevera industrial, un yogur o un poco de gelatina (allí dentro también guardo muestras de algunas aberrantes criaturas), ellos han empezado a hablarme con esos chillidos grimosos. Son bestias enjauladas en una sentina, mi cuerpo. Un coro antiguo que plañe bajo una tormenta invernal. Finalmente, he encontrado una vela azul detrás de una de mis complicadas máquinas, la he colocado sobre un trozo húmedo de pan y he apagado la luz.

Y ese gesto, mirar cómo ardía el pequeño fuego en la oscuridad de las inmensas estancias, tenía algo de tristeza.

*Muchas felicidades, querido Otto.*

*Has de salir a la calle y elegir víctimas, huecos, destrucciones posibles.*

*Tienes que darle a esta ciudad lo suyo.*

*Esta ciudad es como una amante consentida, hay que atarla a la cama.*

*Piensa en ello, Otto.*

*Nosotros somos tú y sabemos lo que te conviene.*

Me enfundo en mi gabardina dos tallas más grande, cubro a las bestias con ella, abro la esclusa principal, la que da al mundo, intento respirar profundamente, miro estos cielos blancos y atómicos, rascacielos que son tronos donde se sientan los dioses. He decidido que pasearé sobre mi cumpleaños. Sobre este día. Pasearé igual que si fuera un último viaje, observando esta ciudad como si no hubiera pisado antes ningún otro sitio. Es mi cumpleaños. Quiero volver a mirarlo todo. Antes de salir, telefono a Jim Boy desde una cabina, pero nadie responde. Eso me entristece un poco, porque necesito decirle que es mi día, que he cumplido cincuenta y tres, ¡cincuenta y tres!, que vayamos a divertirnos un rato. Él seguro que me contestará algo tan suyo. «Pobres mortales, creéis que no moriréis y os compráis tartas para enmascarar el dolor». Pero supongo que estas manías se llevan mejor entre iguales. Digamos que Jim Boy es el único amigo verdadero que poseo. Solo tiene ocho años, pero habla, doy fe, como un profesor de física que por las noches sueña con hacer sacrificios con doncellas vírgenes. Él dice que su pequeño cuerpo, huesudo, propenso a las más comunes enfermedades infantiles, alberga en realidad el núcleo del Universo, agujeros negros de conciencia en una espesa inmensidad. Me ha contado que, cerca de la granja donde

nació, aprendió a escuchar esa voz cuando estuvo a punto de morir en aquella laguna siniestra. O debería decir, más bien, cuando su padre intentó ahogarlo al cumplir los seis años. «Ahí, bajo el agua tóxica, esa voz vino a mí... la verdad es que se estaba bastante a gusto escuchándola». Jim Boy suele decirme que, aunque más tarde convenció a su padre para que metiera la cabeza en el horno («¿Sabes? Usé mi mirada más especial, la de sumo sacerdote»), no le guarda rencor.

Me decido a entrar en una hamburguesería de Alderney a almorzar. Nadie parece saber quién soy, así tiene que seguir. Pido una hamburguesa con queso y el bote de mayonesa más grande que tengan. Cuando termino de comer, algunos clientes bajan la mirada, se cambian de mesa y señalan con preocupación al responsable, de uniforme. Es cierto que puede resultarles extraño verme así, agitando el bote con decisión y echándome un buen chorro en la pechera del traje. El encargado, de raza china, me pide amablemente que me vaya. Pero echarme la mayonesa por encima cumple mis propósitos contra la tristeza, porque mi siguiente parada es la tintorería Sears. Allí está ella, como todos los días de la semana y del año. Atajaré el aburrimiento, la bomba alojada en mi cumpleaños número cincuenta y tres, mirándola. Miraré a Anna, la dependienta; su melena pelirroja y su hoyuelo en la mejilla y sus tirabuzones y su respiración acompasada, de reloj de cuco, cuando usa la plancha de vapor. Le señalaré la mancha de mayonesa del traje, señorita, ¿podría usted...? No me imagino nada mejor que descubrirla al otro lado de un cristal, verla plisarse el uniforme, apuntar los pedidos y asegurarse de que cada dueño recupere su prenda. Pero cuando entro allí, el mostrador está vacío. Espero unos minutos. Anna no sale de la parte de atrás del local, y sin embargo creo escuchar un tarareo mugriento entre las secadoras de la trastienda. Estoy seguro de que es el himno

americano. No sé si estoy preparado para dos decepciones seguidas, una ciudad vacía por completo donde nadie me espera. Nadie, salvo las propias estancias en las que vivo.

El encargado sale de la parte de atrás mascando un chicle. «Esa idiota no ha venido hoy, pero puede dejar su traje si quiere. Amigo mío, veo que se ha manchado con mayonesa. Las manchas de mayonesa son muy peligrosas. Una mal quitada puede arruinar bodas y bautizos».

Aprieto los puños y le digo que no hable así de Anna y me marcho antes de que pase algo de lo que él pueda arrepentirse. A los tentáculos les gustaría probar cuánto aguanta sin aire un cuerpo humano.

*¿Estás triste, Otto? Oh, perdedor nuestro, deja de afligirte.*

*¿No te apetece hacer un poco el animal?*

*Escucha, te debes a lo que no quieres ni deseas.*

Recorro hasta el final el callejón Innsmouth, que no ha mejorado nada desde la última vez: sigue lleno de basura y ratas que les muerden los pies a los mendigos. Llamo a una puerta pintada de blanco. Es un sótano que parece abandonado desde hace tiempo. Después de un giro de llave, un negro de dos metros abre la puerta, observa primero el callejón y me estrecha con su mano un tentáculo. Ya me conoce. Por eso, guarda una distancia prudencial. Pregunto por Jim Boy y él me responde que, seguramente, esté con su nueva madre. Me tenso. Necesito a Jim Boy. No me ayuda nada el hecho de que alguna desconocida pueda haberlo adoptado y alimentado. En los últimos tiempos se ha aficionado a ensuciar su uniforme de colegial, colocarse estratégicamente en alguna populosa calle del centro de Manhattan y esperar que una mujer de buen corazón, un corazón de oro, se lo lleve a su casa de buen grado. Jim Boy es experto en parecer un infante con alguna clase de

enfermedad terminal, una criatura sola en este sucio mundo que morirá muy pronto de frío y hambre. Lloro, gimoteo, pide a gritos un vaso de leche caliente. Muchas mujeres pican.

De reojo, veo que ahí dentro, encadenado a una tubería, un hombre lagarto se retuerce de dolor cuando dos morenos le clavan un atizador al rojo vivo en el costado. Es extraño: huele mucho a humedad negra, y a su lado hay dos enormes caimanes abiertos en canal. El negro se mueve hacia la izquierda y dejo de ver al hombre lagarto, aunque oigo sus rugidos, y los de los dos morenos amenazándole con cosas peores si no les revela una fórmula química. «¿Sabes cuándo volverá Boy?». Él me contesta que eso depende. Si el hijo verdadero de esa señora no es un débil mental, pueden pasar días hasta que Jim Boy controle a la familia, se convierta en su vástago favorito y haga que encadenen al hijo verdadero en el armario de las escobas, con un gato como única comida, igual que hizo su padre con él. De pronto, oigo un estrépito, seguido del rugido transparente del hombre lagarto. Ha conseguido arrancar una de las cadenas de la pared. Aunque me marchó antes de que los mate a todos.

Me decido a tomar la ruta más larga. Por los callejones. Ah, catorce calles siniestras en las que, es casi seguro, algún drogadicto intentará atracarme. Me aburro tanto sin Jim Boy que hoy tengo ganas de que alguien me busque las cosquillas. Atravieso el inmenso espacio de un parking y emerjo hacia la luz de dos pistas de baloncesto. Ando más despacio, intento disfrutar de la muerte del sol en el horizonte. Sí, por un instante, miro el atardecer. En las últimas semanas el sky line ha llegado a parecerme una pared empapelada de flores naranjas que empieza a desprenderse del Cosmos, dejando ver una inmensidad blanquecina al otro lado. Ahí, supongo, está esa realidad de algunas historias donde hay padres que superan sus problemas con el alcohol,

el niño tetraplégico vuelve a andar y la vendedora de flores encuentra a un tipo que le ofrece cariño, una casa nueva, cielo, mira, este es el vestido de novia de mi madre. ¡Ahora es tuyo!

No hay ni rastro de un drogadicto en condiciones. Un mísero adicto al crack. Eso estaría bien. Alguien a quien le tiemble la voz y apenas pueda controlar su cuerpo mientras sostiene la navaja. Por Dios santo, ¿acaso pido mucho? ¿Es que realmente queda alguien para verme aquí? ¿Qué estoy haciendo?. De pronto me siento bastante deprimido, así que regreso paseando a mi laboratorio de quince plantas. ¿Y si organizara un incendio en alguna para pasar el tiempo? Desisto. No sería suficiente. Tecleo un código que solo yo conozco en el panel de las compuertas. Lo cierto es que me gustaría olvidarlo, porque si extraviara los dígitos tendría que llamar a un cerrajero, y esto me proporcionaría alguien con quien hablar. Podría enseñarle algunas habitaciones del laboratorio. ¡Negaría con la cabeza cuando me pidiera ver otras! Y si me preguntara qué es ese ruido, qué son esos ojos de reptil que se mueven al otro lado de las máquinas y las probetas, lo echaría con cajas destempladas, porque mire, amigo, hay cosas que es mucho mejor no saber.

Sin embargo, cuando las compuertas se abren (el olor del hogar), veo que no todo está perdido: alguien ha deslizado una tarjeta de papel por el hueco. Reza: «Tintorería Sears, donde tus ropas nacen muy felices». Detrás descubro una letra que me parece femenina y una dirección, y estoy a punto de saltar de alegría como un niño.

*Vaya, Otto, una admiradora.*

*¿Tienes hilo dental?*

*Es más, ¿realmente tienes algo que ponerte?*

Arranco el motor del Plymouth. A mi mente viene todo este camino que tengo por delante, carreteras cubiertas de hierba podrida, agujas de quince centímetros. Salen en muchas de esas películas de guerra que Jim Boy y yo nos hemos zampado durante las tardes lluviosas. Hay una trinchera pútrida y anegada de barro donde un soldado rubio está a punto de desangrarse. Solo entonces, pide algo, un favor luminoso que anega las cavidades de su mente, lleva esta carta, apaga mi sufrimiento, dile a Sally que está en mi corazón. Silban en la oscuridad las balas y los obuses. Normalmente, el soldado que porta ese recado místico, su amigo, ese que también le ha cerrado los ojos bajo la lluvia y ha gritado a su maltrecha compañía que el muerto necesita un entierro digno, acaba ligando con su novia (estamos en la fiesta de la recogida de la almendra) y comprándose una granja en Wichita. Allí crían varios hijos, o tienen un perro pomerano, o bien ambas cosas.

Detengo el coche junto a los corredores y las vallas, en el exterior del matadero abandonado. La nave inmensa reverbera con el sonido de mis botas cuando entro allí, olisqueo el aire a bestia enjaulada y busco entre las máquinas y las pasarelas hasta que localizo la sombra del rollizo. Anda hacia donde estoy, con las manos metidas en los bolsillos de su bata. Elevo un tentáculo a modo de saludo amistoso. Tiene los labios arqueados en una V invertida, y calculo que pesará más de doscientos kilos (de pronto, no sé por qué, me entran unas ganas terribles de obligarle a hacer gimnasia). Sabe que he venido solo. Sin intercambios innecesarios de palabras, rebusca en el bolsillo de su pantalón y saca una jeringuilla de quince centímetros. He visto agujas como esta antes. Tuve que usar una cuando Peter vino a verme una noche de truenos. En la caña afilada y deslumbrante de esta aguja veo reflejada otra derrota; sí, el invisible alud de nieve por el que

me precipito y una chica más que se marcha de un portazo. Detestaba a ese tardoadolescente. Él fue quien me puso este nombre, Dr. Octopus, y durante algunos años, más de los que querría, me dio bastante la lata intentando desbaratar mis planes. Aquella noche yo estaba retozando en el catre con Marcia, una galerista que había conocido en uno de esos absurdos paseos en barco por el Hudson. Ella me hacía reír con sus manías y perversiones, y supongo que por aquel entonces esto me parecía suficiente. Habíamos encargado unas pizzas. Yo le había hablado con mucho orgullo del monstruo lleno de pústulas que estaba criando en la cámara de cristal. Con este animalito planeaba, una tarde sin quehaceres, sembrar el caos en Central Park y así, no sé, animar un poco el ambiente. De pronto, en la oscuridad de uno de los corredores, me pareció escuchar un timbre. Recuerdo que le dije a Marcia que no se moviera. Cuando abrí las compuertas, Peter estaba sentado en el suelo de baldosas. Empapado, con el traje de araña saltadora roto y apestando a whisky, sus ojos emitían una desesperación de expresidiario, de trapealista viejo, de ese hombre sin juicio que, delante de grupos de turistas japoneses, acaricia la boca del caimán gigante que vive en los Cayos de Florida. «Mátame», pidió. «No ofreceré resistencia». Conseguí detener a mis tentáculos antes de que lo agarraran. Él continuaba repitiendo que le rematará cuando le obligué a sentarse en una silla y le sugerí que aceptara un café caliente. Al poco, empezó a temblar sin control. Era una situación lamentable. Peter me habló, entre frases confusas, de lo poco que salía últimamente en las noticias, de una mujer anciana a la que le arregló la ducha y que había matado en un ataque de ira, porque el agua caliente seguía sin funcionar. Al parecer, ella había insistido en darle unas monedas. Algo se había quebrado dentro de Peter al verse en esa posición: arregladuchas. Por último, hundió la cara entre las manos y mencionó a Mary Jane. «Dios mío,



Mary Jane», decía, y la manera en la que Mary Jane había muerto es tan horrible que no voy a perder el tiempo en describirla. Entonces rompió a llorar, se estremeció y lanzó un par de telarañas a la lámpara del techo, de una manera bastante ridícula.

«Vamos, Peter», le dije.

«¡Mary Jane! ¡Mary Jane, vuelve!», empezó a berrear.

Le abofeteé para que se calmara. Era demasiado tarde: Peter Parker se retorció, apenas escuchaba ninguno de mis inútiles consejos para pasar su luto. Oí unos pasos a mi izquierda. «¿Qué mierda hace *él* aquí?». Marcia apareció vestida con una de mis batas de terciopelo verde y un picahielos en la mano. Por un segundo, sonrió de una manera que yo nunca había visto antes. «¿Podemos hacerle pupa? ¿Podemos, Otto?». Antes de que se abalanzara sobre Peter, hice que un tentáculo le apresara un pie, la elevé por encima de los muebles y volví a colocarla junto a la puerta. Marcia forcejeaba y gritaba que la dejara tranquila. Supongo que ya no era esa chica risueña que me gustaba. Jesucristo, qué manera de blandir el picahielos.

«¿Sabes lo que hizo este cerdo, Otto? ¿Lo sabes?! Escúchame bien: una tarde intenté deshacerme de mi perro Spark ahogándolo en la bañera. Porque... bueno, imagínatelo, me daba mucho la lata. ¡Se meaba en mis hijos! Pero cuando estaba a punto de conseguirlo por fin, esta puta araña, no sé cómo, me oyó».

Enfurecido, enrollé uno de mis tentáculos en el cuello de Marcia. Hice que se pusiera de rodillas.

«Muestra un poco de respeto, ¿quieres?», ordené.

Más tarde, cuando Peter abrió los ojos, me vio inclinado a su lado con la aguja preparada. Empezó a murmurar muy asustado, hasta que conseguí entender lo que me decía. «Solo te pido que todo el mundo vea mi traje. Quiero salir en las noticias en prime time. Esta sociedad me

ha hecho esto, y todos sois culpables». Asentí con la cabeza. Me aburría. Antes de que pudiera pestañear, le clavé la aguja en el corazón. Sea como dices, Peter Parker. Así lo recuerdo: la jeringuilla vacía en mis manos; las protestas infantiles de Marcia, que gritaba que podíamos habernos divertido un rato con él, la sala oscura y helada y el cuerpo sin vida, roto sobre su asiento. Zurcí y cosí el traje de Peter a conciencia durante la hora siguiente, sintiendo una tristeza desconocida, algo así como un recortable en el tablero de mi vida que ya no encajaría más, igual que tantos otros. Cuando terminé, Marcia y yo volvimos a la cama. No quise mirarle a la cara en todo ese rato. Por lo demás debo decir que, después de la escena del picahielos, su voz y sus manías habían empezado a desagradarme. Cuando me preguntó dónde estaba el baño, le dije con sequedad que tenía que subir en el ascensor a la quinta planta. Eso fue todo. Ni siquiera me entristecí al descubrir que, en el fondo, ella no tenía escrúpulos ni sospechaba lo que ese chico con superpoderes, troceado en las tres bolsas de basura de la entrada, suponía para mí. El traje recién zurcido de Peter fue enviado a la redacción del Daily Bugle a la mañana siguiente, pero la sangre con la que estaba empapado era la de Marcia Jones, una vez hechas sus necesidades en la planta equivocada y después de darle las buenas noches al monstruo.

*Vaya, pues este sitio no está tan mal.*

*Con un poco de suerte pueden oírse los gritos de las vacas.*

*Señores, este lugar es una metáfora*

*Escuchad con atención.*

Vací mi mente. Alzo la aguja, esta aguja limpia hacia la luz que se descuelga por las ventanas rotas del matadero; y así hago oscilar el líquido verde, derecha e izquierda, «maldito loco, deja esa mano donde está» cuando los tentáculos se

mueven velozmente para arrebatarme la jeringuilla. Pero soy más rápido. Tanteo la zona de piel de mi espina dorsal, me la clavo hasta el fondo entre dos vértebras y me estremezco, me doblo, dejo que el calmante para caballos anegue la dulce superficie de los huesos. Y por fin, la ánima brutal por la que ellos pueden moverse se apaga. Gracias a Dios caen al suelo en el instante en el que le entrego el sobre al rollizo.

«Mi socio está detrás de esa enorme picadora, apuntándote», dice. «Voy a contarlo, ¿de acuerdo?».

Agazapado ahí, bajo una pasarela mecánica donde las vacas son conducidas a la cuchilla (me las imagino a cada una con su lazo rojo en la cabeza), llego a percibir el brillo de un percutor, los dos ojos de alguien que necesita mucho este dinero. Eso, imagino, y también apostar por el caballo perdedor en el hipódromo y mentir a sus hijos con la promesa de una buena universidad o una beca en el equipo de deportes. De nuevo, observo las manos del rollizo contando los billetes. Tarda demasiado.

«Somos dos personas razonables. Yo podría partirme en dos, pero no voy a discutir. Llego tarde a una cita. Así que dime si todo está conforme».

Él me mira como si acabara de recordar una parte muy lejana de esa vida que desea y ahora solo viera el camino malo que ha tomado. Parece estar pensando en otra cosa.

«¿Ella...?».

«Cuenta, y no hables tanto».

«¿Ella merece la pena?» me dice. Arquea entonces esa V desagradable que forman sus labios leporinos. No es tiempo de ponerse sentimental, aunque le contesto:

«Mira, todas las semanas le llevo mi traje a la tintorería. Aunque no esté sucio. Da igual. ¿Y sabes qué? Ella se ríe de mí y no me importa un carajo. Yo insisto: “Si me lo lava entero, señorita, si hace que este traje verde e

impresionante brille como un gato, tendrá una buena propina”. Eso le digo. Supongo que ya te haces una idea».

Sigo de buen humor, de muy buen humor diría yo, cuando arranco el coche y me pierdo otra vez en la interestatal. Esta vez espero que Jim Boy esté en su sitio. Tengo suerte cuando le telefono. «Ah, qué placer, el niño ha mordido a la lunática de su madre», me anuncia. «No sabes qué manera de comer». Después me felicita. Se me humedecen los ojos cuando me da muchos ánimos para mi cita de esta noche. Cuelgo, aunque no puedo evitar abrazar la cabina antes de volver al coche. En la ciudad, en mitad de la calle, las piernas me tiemblan como las de una chica virgen. Al fin, pulso el timbre del edificio número cuarenta, en la Quinta con Search.

*Esto no estaba en el plan, Otto.*

*De ninguna manera. Ten mucho, muchísimo cuidado.*

Durante un instante, al entrar en la casa de Anna, he sentido un breve cosquilleo en la espina dorsal. Y también mucho miedo, fuego blanco, algo parecido a un recuerdo de esa vida que no he tenido. Era un piso pequeño, de alguien que ya no desea cambiar más de lugar y gusta de decir frases como «Nos apañábamos bien en aquella casa» o «Aunque era diminuta, los niños nunca fueron infelices». Había un gato negro ovillado sobre el pequeño sofá. Me lo ha presentado. Nemo. Se llamaba Nemo. «¿Te apetece una copa de vino? Vamos, quítate el gabán, siéntete como en casa». Le he respondido que prefiero quedarme con la gabardina puesta, y entonces, ella se ha reído igual que los días que le llevo el traje. He creído notar que vibraba una melodía misteriosa dentro de sus ojos. «No pasa nada, Otto, enséñamelos». Hacía muchísimo tiempo que una mujer no me quitaba la gabardina

ni me ofrecía un asiento a su mesa sin pedirme nada a cambio. No sé, que matara a alguien o que le enseñara los pulmones podridos de una máquina, eso que está en mi mano conceder. Un piso pequeño. He mirado a mi alrededor, con vértigo, con fiebre humana. Un piso donde poder quedarse, o simplemente regresar. Vino tinto. Dos copas de vino, el termostato del salón, que ella ha subido para que estuviéramos más cómodos; su mano blanca y sus venas azules forman un árbol hacia el cielo.

«Espero que te guste lo que he preparado».

«Yo no suelo cocinar», le respondo, «tengo mucho trabajo con los experimentos».

Para un hombre como yo, que a lo largo de mi vida calculo que habré matado a más de trescientas personas; que puedo caminar diez metros por encima del suelo; que he visto el corazón de los átomos y las partículas de las que está hecha la materia conocida, este asunto de la pasión romántica resulta algo bastante extraño. Ha ocurrido hace unas horas, pero todavía siento cercano a mí ese instante de perder el miedo por completo, hablar de las cosas de la infancia y no ser exactamente yo (nunca *se es* cuando uno se examina en los ojos de otro) pero tocar este reverso con las manos. Me veo ahí, en la silla. Cuando Anna sirve la ensalada tengo las manos rígidas sobre las piernas. Dice que me relaje. Solo noto un hormigueo en la médula espinal; a ellos, que están lejos de mí, pero no lo suficiente. Le sonrío. Nos sonreímos. «¿Cuántas veces has ido a la lavandería con alguna excusa tonta, Otto?».

Le respondo que no lo sé y que, en realidad, no me apetece saberlo, porque quiero seguir inventándome excusas. Dos minutos después ella ha dejado una tarta de cumpleaños sobre mis rodillas, y soplo las velas, y no me acuerdo de la última vez que soplé unas velas en una casa iluminada y caliente. «Una vez te dejaste una foto de recién nacido dentro del traje, detrás ponía la fecha exacta. Por eso lo sé». A mí se me

humedecen los ojos. Por eso me miro los pies, carraspeo, quizá sea mejor que ella no me vea así. «Te confieso que cuando vi la fotografía, Otto, imaginé que ya tenías los tentáculos y los enroscabas en el tobillo de tu madre para avisarla de que querías ir a la Gran Noria». De pronto percibo que, por debajo de la mesa, Anna se descalza y desliza la punta de su dedo gordo por la superficie del tentáculo, y es más, se detiene en cada uno de los anillos y surcos de metal sin mostrar el más mínimo asco. «¿Sabes? Hoy he dejado ese trabajo de mierda. Voy a empezar mi vida otra vez. Voy a estudiar». No sé qué responderle. Hay una vibración pútrida dentro de mí. Los cuatro tentáculos se agitan a la vez, dormidos, pero conectados a la presencia de Anna, que se recoge el pelo, con esa dignidad oscura y maravillosa de las enfermeras, y por fin me dice: «Vamos a mi cuarto, Octavius». Por mi mente se abren paso sus voces, aún roncas, dormidas, desde un lugar desconocido...

*El átomo y la materia.*

*Existe demasiada felicidad aquí.*

*Las mujeres se alejan.*

*Tus planes, Otto.*

Hemos hecho el amor. Nos hemos parecido a las personas corrientes, a sus ruidos vacíos, frases que se amplifican en la penumbra, «Anna, abrázame», nuestros cuerpos, y los ojos, y estas vísceras dibujadas por la luz, «Otto, Otto, vamos, abrázame más fuerte». Todo sencillo, pobre, humano. En el espasmo final, con otras mujeres, son mis tentáculos los que siempre vibran y succionan el corazón de esta situación íntima. Casi parece que los cuatro se rían de felicidad y yo sea un apéndice. Ah, tus tentáculos son tu peor parte, Otto, y eso nos provoca algunos de los mejores y más prohibidos orgasmos. Es lo que dicen ciertas mujeres en

algunas de nuestras escenas de cama. Camareras, secretarias de oficina, vendedoras de tickets en la Gran Noria. Esta vez ha sido un poco distinto. Hacía mucho tiempo que, con mis propias manos, no apretaba a alguien para romperle los huesos y prometer algo que jamás cumpliré. Ocurre que se me da muy bien despedazar en trozos muy pequeños a una persona, pero no sostenerla entre mis brazos. La habitación es un fuego y los tentáculos el humo. Yo soy una fruta desconocida, y ellos las raíces.

«Mira», le digo. «Ha empezado a nevar, podría acabarse el mundo».

«Eso querrías tú», contesta ella. «Pero cálmate, tus máquinas no te sirven de nada».

Me río de un modo estúpido. Anna está enrollada en los tentáculos, pero ahora se desovilla y se aproxima con cuidado a la ventana, «no importa si pisas uno, creo que siguen dormidos», le susurro cariñosamente. También tiemblo como un crío, y doy gracias por haber sido un cobarde y haber ido al oscuro matadero de Rivers Hyde, sintiendo vergüenza de mí mismo cuando el rollizo me ha tendido el calmante para caballos. La próxima vez haré que un tentáculo zarandee a ese bastardo dos metros por encima del suelo. Romperé el mobiliario, todas las máquinas. Le cortaré un dedo y le obligaré a cobrarme un precio justo, bajo la promesa de sacarle las tripas por la garganta si vuelve a aprovecharse. Haré, sí, que ese lugar apestoso, donde todavía se huele el corazón de las bestias blancas de camino a la picadora, se convierta en el reflejo de mi cobardía y de mi victoria secreta. Miro un instante a Anna reflejada en el vidrio. Es como si no fuera una presencia real, sino un fantasma de esa fotografía de la que me ha hablado (¿por qué no puedo recordarla?), o un monstruo de las películas que Jim Boy y yo vamos a ver en el viejo cine. Pero es real. Su cuerpo es real. Los cuatro tentáculos se extienden por el suelo de la pequeña habitación

hasta sus pies (imborrables, presencias en la oscuridad), y entonces Anna dice que Nueva York es un bebé maloliente, pero que nace otra vez cuando nieva.

«Pídeme que me quede aquí contigo, Anna», le susurro.

Nieve. No escucho a los tentáculos. Soy yo. Soy una persona; ese niño encaramado al Plymouth de su padre con la sonrisa de las fiestas. Estoy vivo. Pienso en asuntos parecidos a estos, y quiero decirlo ahora, porque sucede que después (en realidad nunca sabes el momento) las cosas se complican. La nieve, vista así, bajo una luz que no está en los libros, parece un país extraordinario; y Anna sonrío y, para cerrar nuestro acuerdo, coge un puñado blando de la repisa y se lo bebe. Me mira. Me mira cuando me levanto y me sitúo junto a ella, rodeando su cintura con los brazos, siendo esa persona que nadie cree que puedo ser: un hombre viejo aficionado a los almanaques, sin laboratorio, sin complicadas máquinas y partículas de materia flotando en la oscuridad de su vida. Un completo imbécil. Ese ciudadano que en cualquier guerra cae el primero bajo la ametralladora del enemigo. Nos besamos otra vez. Hay ocasiones, ahora lo sé, en las que miras a los ojos de una mujer y es posible que ella admita todas las explicaciones, que sepa que el tiempo es algo a extinguir. Anna se gira, y la nieve cae intensamente detrás de ella. Me llamo Otto Octavius, esta imagen no la contiene ninguno de los átomos que he visto. Anna sonrío, sonrío y me parece otro trozo de nieve, blanco, gigantesco, vivo y tan cerca de mí. Es como si ella hubiera salido del interior de la nevada. Me toca las mejillas, y hace su pregunta.

«¿Tú podrías quererme, Octavius?».

Bajo la cabeza, aprieto los puños:

«No. No podría. No es posible».



Pero otra vez se me humedecen los ojos, y así me esfuerzo en decírselo, con la desesperanza de los médicos cuando aseguran que alguien no volverá a casa.

«Es imposible, Anna. Lo siento».

Repito su nombre porque eso le hace cobrar una forma que ya no tiene, Anna, Anna, y oigo a través de mi torrente de sangre a los tentáculos, que saben la verdad, que se han elevado hasta el techo de la habitación, gruñen metálicamente y se abren como una flor húmeda que atrapa una mosca.

*Anna, Otto. Exacto.*

*No se te ocurra decirle que no. Te conocemos. Eres un mentiroso.*

*Hace un rato que estamos despiertos.*

*Pero nos ha parecido bien darte este capricho.*

*Despídete. Es un poco tarde.*

Bajo lentamente los peldaños, deseando como nunca en mi vida que algún vecino abra la mirilla de latón, o que el portero del edificio me sorprenda in fraganti. Pero no veo a nadie en mi descenso. No me encuentro con nadie que pueda mirarme mal. El gato negro bufa, asoma los ojos verdes desde el hueco de la puerta y me vigila por última vez. Por un momento me aterra ser incapaz de recordar su nombre. Me apoyo en la barandilla para respirar. Mis tentáculos, extendidos en la oscuridad cada vez más profunda del edificio, cargan con dos pesadas bolsas de basura que gotean rítmicamente sobre la escalera. Bajo, peldaño a peldaño, rodeado de este silencio, y ya no puedo llamarme como las personas, he cruzado una línea de tiza dibujada a lo largo del horizonte de esta ciudad, sin regreso posible. Ya no queda nada; ni de ella ni, por supuesto, de ese hombre que se llamaba Otto Octavius y pidió un juego de química cuando

cumplió los siete. Es invierno, estoy en Nueva York, un bebé lleno de pústulas, y esta nieve que cae sobre mi cuerpo y mis tentáculos quemaría vivo a cualquiera. Pienso ahora mismo en que tengo máquinas complicadísimas en mi laboratorio, pero no una buena lavadora que saque toda esta sangre.

*Hace una noche estupenda. Helada. Como a nosotros nos gusta.*

Me llamo Dr. Octopus, hoy he cumplido cincuenta y tres primaveras, y estoy saliendo a escondidas de la casa de una mujer a la que podía haber querido.